

te la libertad de pensar; ¿y no es la libertad de pensar la gloria eterna de la Alemania? Esta gloria vale tanto como la que se recoge en los campos de batalla.

§ II.—La casa de Austria.

Los protestantes reunidos en Heilbronn en 1633 escribieron al rey de Francia: «Lo que ha tenido lugar estos años pasados en las guerras de Mantua y en Suiza, demuestra bastante que el deseo de dominacion del enemigo no se circunscribe á los límites de su país, sino que esa monarquía universal tan bien pintada tiene que ver tambien con nuestros vecinos, y que esa casa (de Austria) quiere fundarla sobre las ruinas de nuestra libertad, á fin de que apoyándose en ella pueda más fácilmente someter los demas reinos y repúblicas. Hace algunos siglos ha experimentado la Francia á dónde van á parar los designios de la España: esto mismo le sucederia hoy si el enemigo nos hubiera subyugado» (1). Richelieu lanzó la misma acusacion contra la rama española de la casa de Austria: «¿Qué otra cosa han hecho los Españoles desde el tratado de Vervins más que engrandecerse á costa de sus fieles vecinos, y á la manera de un fuego siempre encendido, al cual la materia más próxima le sirve de paso para llegar á la más distante, pasar de provincia en provincia y someterlas una despues de otra segun las van ocupando? Pretendian hacer esto mismo con todos los Estados de Europa y llegar por este medio á la monarquía universal de la cristiandad, que es el único límite de su divisa» (2).

La casa de Austria rechazó con viveza una imputacion que sirvió de motivo ó de pretexto á la coaliccion del rey cristianísimo con los príncipes protestantes de Alemania, con la Suecia y con la república de las Provincias Unidas. En una *Advertencia á los embajadores de Francia acerca de las cartas escritas por ellos á los*

(1) *Negociaciones de FEUQUIERES*, t. I, p. 216.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 213, 302, 307.

principes del imperio, la acusacion de monarquía universal es considerada como «un sueño que no puede salir más que de cabezas huecas, y no debe contarse más que á gentes que hayan perdido la razon por completo.» «Medios dulces y moderados, dicen, como las alianzas, las herencias y la concordia doméstica, son los que ha empleado la casa de Austria para llegar á ese estado de grandeza á que no han podido llegar sus envidiosos por medio de sus turbulentas facciones y trastornándolo todo» (1). Los historiadores alemanes abundan en estas ideas: «Ni Fernando II, dicen, ni Felipe II pensaban en la monarquía. Espíritu pequeño, no mostró energía más que en la reaccion católica, porque estaba persuadido de que ésta era la causa de Dios. Pero no se echa de ver en él esa vasta ambicion que muy gratuitamente se le supone» (2).

Entre estas opiniones contradictorias, los hechos decidirán. Que la rama mayor de la casa de Austria ha tenido la ambicion de la dominacion universal, no es posible ponerlo en duda. Un escritor español, *Andres de Mendoza*, en un libro dedicado á Carlos I de Inglaterra, cuando era todavía príncipe de Gales, se atrevió á llamar á Madrid *la capital del mundo*: «Lo es, dice, con más razon que lo era Roma antiguamente, tanto más cuanto que por derecho de naturaleza y de sucesion el imperio del mundo se reúne en la persona del rey Felipe, puesto que nunca se pone el sol en sus dominios, lo cual no podia decirse del imperio romano, y que las armas victoriosas de los Españoles dictan la ley á la mayor parte del universo, en Italia, en Alemania y hasta en Africa» (3). La política de Felipe III fué en realidad tan invasora como la de su padre; á pesar de la paz de Vervins, no cesó de proseguir sus intrigas en Francia, de excitar y estimular á los descontentos, de unirse hasta con los hugonotes, para destruir la monarquía de Enrique IV, ó por lo ménos, para debilitarla desmembrándola. El hijo de Felipe II no abandonó sus pretensiones respecto de Inglaterra. Dueño de Italia por la posesion de Milan y de Nápoles, quiso

(1) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. I, p. 262.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 234.

(3) *Mercurio frances de 1626* (t. XII, p. 732).

reunir sus inmensos dominios apoderándose de la Valtelina; cedió también la Bohemia y la Hungría. Consideraba á los reyes de Inglaterra y de Francia como soberanos de un rango inferior. Sus embajadores llegaban á sostener que los tratados no podían obligar á un monarca tan grande como el rey de España, que no reconocía más leyes que su moderación y su clemencia (1). Sea cual fuere el contraste entre estas extravagantes pretensiones y la debilidad de los príncipes que ocupaban el trono de España, la corte no modificó en nada en tiempo de Felipe III el tono de arrogancia que había llegado á ser de estilo en las relaciones con los demás Estados; diríase que se quería, á fuerza de orgullo, ocultar al mundo las llagas que corroían el imperio de Carlos V. Tal vez también los Españoles se hacían ilusiones respecto de su decadencia. El Consejo de Castilla, á la vez que daba la voz de alarma sobre la despoblación de España, aconsejó á Felipe III que continuase la política de sus antepasados; creía que, empleando bien sus recursos, el rey podía todavía volver á ser el señor del mundo. Aquel señor del mundo era un verdadero impotente: con gran trabajo había aprendido la gramática y algunos retazos de Santo Tomás; á esto se limitó su desarrollo intelectual. Bajo el punto de vista moral nunca salió de la infancia; ¡no tuvo siquiera bastante voluntad para escoger una mujer! ¡Su gran ambición era hacer consagrar por la Iglesia el dogma de la Inmaculada Concepción! (2).

Esta devoción imbecil, que nos parece tan impropia de un rey, contribuyó en el siglo XVII á sostener el prestigio de la grandeza española. El rey de España seguía siendo el rey católico por excelencia, el protector de la Iglesia y de todos los creyentes. Richelieu dice que esto era política é hipocresía: «La religión no es más que una máscara con que se cubren el rostro; tener á Dios y á la Virgen en la boca; aparentar religión; llevar un rosario en la mano, y únicamente los intereses temporales en el corazón: hé aquí la primera máxima de Estado de su soberbia nación» (3). El tes-

(1) SISMONDI, *Historia de Francia*, t. XXII, p. 419.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 440, 181 y sig.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 295, 383; t. IV, p. 143.

timonio del cardenal no es de confianza; como él á su vez no se decidía nunca más que por consideraciones de Estado, no veía por todas partes más que política. Los reyes de España dieron demasiadas pruebas de su fanatismo para que sea posible ponerlo en duda. Cuando se deliberó sobre la suerte de los Moriscos, se consultó al papa: Pablo V y los cardenales opinaron por unanimidad que era preciso extirpar aquella raíz de herejía sin piedad ni misericordia, porque la Sagrada Escritura nos dice que el árbol que no da buenos frutos, debe ser cortado y arrojado al fuego (1). El rey siguió tan funesto consejo, que seguramente no estaba dictado por el interés político. En la gran lucha del siglo XVII la España obedeció igualmente á la influencia de motivos religiosos; lo dice un testigo ocular y bien informado. Al principio de la guerra de los treinta años la rama alemana de la casa de Austria se hallaba sumamente apurada; Fernando pidió auxilio á Madrid. Su embajador, el conde de Khevenhiller, se queja amargamente de no haber encontrado en los ministros de Felipe III más que ignorancia de los negocios de Alemania ó mala voluntad; sin el apoyo de la religión, su negociación hubiera fracasado: «¿Qué tiene que ver el rey con el imperio?» le decían el duque de Uceda y el confesor de Felipe, que gobernaban la monarquía. En vano el enviado austriaco insistió con el confesor, invocando los vínculos de parentesco que unían á las dos ramas de la casa de Austria; en vano le hizo ver que se trataba de la religión; el confesor permaneció imperturbable. Fue preciso que el conde de Khevenhiller hiciera un llamamiento directo á los sentimientos religiosos del rey, declarándole que sería responsable de la salvación de millares de fieles, á quienes la victoria de los protestantes mantendría en la herejía. Entonces Felipe III cedió (2). En realidad, el interés del catolicismo se confundía con su ambición; la monarquía universal, que tanto enorgullecía á los Españoles, como si fueran ya los señores del mundo, no tenía razón de ser sino mientras los reyes católicos fuesen los campeones de la Iglesia universal.

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, ad a. 1609 (t. VII, p. 253).

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, ad a. 1619 (t. IX, p. 702-706; t. X, p. 91).

Otro tanto sucedía con la rama alemana de la casa de Austria. Antes del advenimiento de Fernando, desempeñó un papel poco importante en el mundo político. Jefes electivos de un imperio semi-protestante, obligados por la paz de religion, los emperadores de Alemania no podían ya ser los defensores de la Iglesia. Fernando II, más convencido, más fanático que sus predecesores, volvió á emprender la tarea que la Edad Media asignaba al sacro imperio romano. Richelieu acusó al Austria, lo mismo que á la España, «de disfrazarse con el celo de la religion para alucinar los ánimos de los cristianos» (1). El profundo político se engañaba, ó quería engañarse. Tenía interes en que la guerra de los treinta años fuese considerada como una guerra política. Príncipe de la Iglesia, debía contemporizar con las pasiones católicas; y ministro del rey cristianísimo, tenía que luchar contra un partido poderoso que tomaba por su cuenta la causa del catolicismo, é imputaba como un crimen al cardenal sus alianzas protestantes, acusándole de sostener la Reforma. Había algo de verdad en estas acusaciones, y es que los intereses políticos y religiosos de la casa de Austria estaban íntimamente unidos; atacar sus pretensiones á la monarquía universal, era hacer la guerra á la Iglesia, y por consiguiente, favorecer á los protestantes. Pero tambien, como consecuencia de este vínculo íntimo entre el catolicismo y la monarquía universal, es cierto que el príncipe que se declaraba campeón de Roma, se veía fatalmente impulsado por una parte á arruinar el protestantismo, y por otra parte á extender su dominación sobre toda la cristiandad. Tal fué el papel de Fernando (2). No le faltó más que la victoria para realizar la ambición de Roma y á la vez la de la casa de Austria.

Después de la victoria de Praga, Fernando arrebató al desgraciado palatino la dignidad electoral, para darla al vencedor, el duque de Baviera. Es inútil insistir sobre la ilegalidad de este acto; los más moderados entre los historiadores alemanes convie-

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 117.

(2) El mismo dice en una carta dirigida al embajador de España: «*La conservazione et l'essaltazione della nostra santa fide*, e consequentemente della casa nostra.» (MEYER LOUDORP, *Supplém.*, III, 691.)

nen en que era un golpe de Estado (1). De suerte, que el emperador encargado de hacer cumplir la Constitución, fué quien la violó! El fin político que se proponía es evidente, y el fin religioso no lo es ménos. Inviendo al duque de Baviera con la dignidad electoral, Fernando se lo atraía para siempre, como el autor del crimen se atrae al cómplice que se aprovecha de él. Al mismo tiempo que se robustecía en la lucha que empezaba, el jefe de la casa de Austria aseguraba al catolicismo una preponderancia definitiva, dándole la mayoría en el colegio de los electores. Hé aquí por qué el papa indujo al emperador á una medida que había de perpetuar la lucha; por su parte, los príncipes católicos, justificando los medios por el fin, aplaudieron un decreto ilegal que les prometía la victoria sobre el protestantismo. El edicto de restitución fué el fruto de la victoria sobre el rey de Dinamarca. Tenía igualmente un doble carácter, religioso y político. Favoreciendo al catolicismo, Fernando trabajaba por el engrandecimiento de su poder. La secularización de los bienes eclesiásticos en favor de los príncipes protestantes aumentaba la influencia de un elemento hostil al emperador. Fernando quiso reconstituir los principados eclesiásticos, cuya disposición, por decirlo así, tenía como aliado y campeón de Roma (2). Era la antigua política de los emperadores: apoyarse en los príncipes eclesiásticos para contrarrestar el poder, cada día más independiente de los príncipes laicos.

Tales fueron los primeros actos de Fernando; ambos tendían á reconstituir la Iglesia y el Imperio en el sentido de la unidad de la Edad Media. ¿Obraba Fernando sistemáticamente? Lo ignoramos: lo cierto es que, favorecido por la victoria, obró como soberano absoluto. Dispuso de los principados como dueño, más bien que como emperador. Se necesitaba una recompensa de príncipe para el ilustre general que acababa de vencer al rey de Dinamarca; Fernando despojó á una antigua casa para premiar á Wallenstein; no hubo sentencia del colegio de los electores contra el duque de Mecklemburgo, ni defensa, ni áun acusación, nada más que un decreto arbitrario del emperador. La espoliación de los du-

(1) SAALFELD, *Allgemeine Geschichte der neuesten Zeit*, t. I, p. 174.

(2) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 172 y sig.

ques de Mecklemburgo, lo mismo que la del elector palatino, fue inspirada por los jesuitas, que eran como el mal genio de Fernando (1). La Iglesia tenía interés en que el emperador lo fuese absoluto, porque su omnipotencia había de dar la victoria al catolicismo. En vano protestan los historiadores alemanes diciendo que Fernando no tenía carácter tiránico y que no pensaba en destruir la Constitución del Imperio; el hecho es que la violaba en todas las ocasiones, decidiendo por su sola voluntad las contiendas de los príncipes. Wallenstein decía que no debía haber más que un señor en Alemania, como no había más que un rey en España y en Francia (2), y el emperador ajustaba su conducta á esta máxima. Después de haber desposeído al elector palatino y al duque de Mecklemburgo, se proponía dar el Wurtemberg á uno de sus generales. El elector de Sajonia, su estúpido aliado, hubiera tenido la misma suerte (3). Tenía, pues, razón Richelieu al decir que «el emperador despojaba según su capricho, primeramente á todos los que le habían sido contrarios, después á los que le habían sido sospechosos, después á los que habían observado exactamente la neutralidad, y por último, á los que le habían sido muy obedientes. En fin, dice, el emperador, bajo diversos pretextos de especiosa apariencia, tenía trazas de hacerse señor de la Alemania y de reducirla á una monarquía absoluta, anulando las antiguas leyes de la república germánica, sobre las cuales está fundada la autoridad imperial» (4).

Tales fueron, no los proyectos, sino los actos de Fernando en Alemania. Poco importan sus intenciones primitivas; la fuerza de las cosas le dominaba y le impulsaba á realizar la unidad religiosa de la Alemania por medio de la violencia y de los golpes de Estado. La casa de Austria no ha tenido nunca aires de conquistador, y Fernando, que al principio de su reinado se vió sitiado en Viena por los insurrectos de Bohemia y de Hungría, no podía cier-

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 67.

(2) El conde de Dohna decía igualmente que el emperador quería tener en Alemania un *dominium absolutum*. (MENZEL, *Geschichte Schlesiens*, t. II, p. 408.)

(3) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 62.—J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 6.

(4) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 120-123.

tamente tener la ambición de la monarquía universal. Pero en achaque de dominación, como dice Richelieu, el apetito viene comiendo; señor de Alemania, Fernando dirigió sus miradas á Europa. Diríase que la divisa del emperador es: *¡ay de los vencidos!* Después de haber derrotado al rey de Dinamarca, quiso tratarle como había tratado al elector palatino; Wallenstein hizo entender á los daneses, con la brutalidad del soldado, que serían considerados como esclavos si se resistían á tomar al emperador por rey, al paso que, si lo elegían, conservarían su libertad y su religión (1). Fernando pensó en hacer valer los derechos del Imperio sobre Italia por medios arbitrarios como en Alemania. Despojó al duque de Mantua, porque era súbdito de los reyes de Francia. Una vez dueño de Mantua, contaba con apoderarse de las posesiones de tierra firme de Venecia; la independencia de la república era un escándalo para la casa de Austria: «Es preciso, decía el embajador de España, que la nueva Cartago sucumba bajo los herederos de Roma. Aprendan los herederos italianos que todavía hay un emperador.» La Santa Sede no estaba libre de aquella política invasora; Fernando hablaba de hacerse coronar, y se proponía reivindicar, con aquella ocasión, los derechos del Imperio sobre los Estados del Papa. El nombre del general á quien encargó este asunto dice más que todos los proyectos. Ya Wallenstein lanzaba terribles amenazas: «Hacia más de cien años que Roma no había sido saqueada; debía encontrarse mucho más rica que en tiempo de Carlos V.» En fin, la Francia misma no estaba libre de la codicia imperial. Fernando quería reconquistar los tres obispados que Enrique II había ocupado á título de protector de la libertad germánica, y si la victoria le hubiese favorecido, ¿qué no hubiera pretendido el sucesor de los Césares, el vicario temporal de Cristo? (2).

¿Cuál era la política natural de los príncipes protestantes y de los reyes extranjeros ante aquella ambición que iba en aumento de día en día? La resistencia y la coalición. Los protestantes de Alemania no se atrevieron á resistir al emperador; afortunadamente Fernando, extremando sus pretensiones, despertó los rece-

(1) FÖRSTER, *Wallensteins Briefe*, t. I, p. 67, carta CXIX.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 545-547.

los del extranjero. Su genio malo le inspiró el *edicto de restitucion*. El conde de Khevenhiller, celoso católico y partidario decidido del emperador, tiene un párrafo muy interesante sobre este punto: «Las victorias alcanzadas por Fernando sobre el rey de Dinamarca y sobre los protestantes alarmaron á los príncipes y al papa mismo. Un cardenal propuso un medio de arruinar á la casa de Austria: explotar los sentimientos religiosos del emperador, excitándole á quitar á los protestantes los bienes eclesiásticos que habían usurpado despues de la paz de Augsburgo. De aquí debía resultar un descontento general contra Fernando, que se habia de aprovechar para hacer un llamamiento al rey de Francia, el cual invadiria el imperio como protector de la libertad germánica, hollada por el duque de Wallenstein. Al mismo tiempo se habia de fundar una república en los Países Bajos, y con el concurso de los holandeses sería fácil arrancar á la España sus colonias, arruinar su comercio y encerrarla en la Península. Entónces la casa de Austria quedaba arruinada» (1).

Dudamos que sea serio el pensamiento del cardenal; el analista imperial habrá puesto en boca de un príncipe de la Iglesia los temores que no se atrevia á manifestar por sí mismo. Es cierto que la ambicion de la casa de Austria aterró á la Europa y provocó la coalicion de la Francia con la Suecia, las Provincias Unidas y los protestantes de Alemania para mantener la libertad de los príncipes y de las repúblicas. Estos sentimientos estallaron desde el año 1636, ántes que Richelieu hubiese tomado parte activa en la lucha; no es él, por consiguiente, el que ha inventado el fantasma de la monarquía universal. Tenemos un testimonio interesante de la opinion general en el discurso de un embajador de Bethleem Gabor, que nos ha trasmitido el cardenal Caraffa. Hubo conferencias en La Haya para formar una coalicion contra la casa de Austria. «Esta casa, dice el príncipe de Transilvania, no ha cesado de aspirar á la monarquía universal. Fernando empieza por someter la Alemania. Destruida la libertad germánica, ¿qué será de la independencia de las Provincias Unidas, de Dinamarca, de la Francia y de la Inglaterra? No hay más que un medio de conjurar

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. XI, p. 427-430.

este peligro, y es que todos los que tienen que temer la preponderancia de uno solo unan sus fuerzas y abracen el partido de los oprimidos; mientras combatan aislados, su derrota es segura. Es preciso hacer entrar en la alianza al rey cristianísimo, al duque de Saboya, á la república de Venecia, y hasta á los Turcos, puesto que se trata de la salvacion comun de todos los pueblos» (1). Nosotros añadiremos con un gran historiador, que la libertad de pensar, y por consiguiente la civilizacion moderna, peligraban tanto como el equilibrio político. La dominacion de la casa de Austria ha sido funesta á la cultura intelectual, lo mismo en Alemania que en la península española. Esto era inevitable, porque la monarquía universal lleva consigo el despotismo civil y religioso. ¿Qué hubiera sido de la Europa si hubiera triunfado la reaccion católica? Una especie de Turquía cristiana, responde *Juan de Muller* (2).

§ III.—Los protestantes de Alemania.

I.

Los príncipes protestantes tenían que defender la libertad religiosa, amenazada por la reaccion católica, cuyo jefe era Fernando. Hemos dicho en otra parte que no supieron ni conjurar el mal ni combatirlo (3). Lo que faltaba á la Alemania como cuerpo, faltaba también á los príncipes protestantes: el espíritu de unidad. La religion, en lugar de ser un vínculo de union, aumentó la discordia; los luteranos y los calvinistas se detestaban entre sí más que lo que odiaban al enemigo comun. Cuando el elector palatino fué llamada al trono de Bohemia, hubiera sido fácil á los protestantes aniquilar para siempre la casa de Austria y asegurar la preponderancia del protestantismo, cuando no su dominacion en Alemania; bastábales unirse contra el enemigo comun. En lugar de esto,

(1) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 238.

(2) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 14: «Die Christenheit würde an Licht und Cultur unter ihnen ziemlich türkisch geworden sein.»

(3) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.